

Claroscuro del bosque

MARTA AZPARREN y JOSÉ LUIS GÓMEZ TORÉ

Madrid, Ediciones Amargord, 2011, 74 pp.

reseña de Ana Gorría Ferrín

El vínculo entre la imagen poética y el gesto pictórico se ha encontrado en el núcleo de la producción literaria y artística del pasado siglo, convirtiéndose en una característica de determinados autores como, en el último tercio del siglo XX, Eduardo Scala o José Miguel Ullán. El libro desarrollado por José Luis Gómez Toré y Marta Azparren se vincula a esa línea de cuestionamiento del signo para desarrollar su mirada sobre uno de los acontecimientos de mayor peso del siglo XX tomando como módulo metafórico el diálogo velado que tuvo lugar en la selva negra entre Heidegger y Celan. El encuentro entre uno de los teóricos del nacionalsocialismo y una de las voces portavoces de las víctimas del nazismo, cuyo poema *Fuga de la muerte* supone uno de los emblemas más clamorosos de la violencia ejercida en el Holocausto es el motivo que asumen, con valentía y piedad, ambos autores a la hora de enfrentarse a este reto a través de una trenza de imágenes y palabras que merodean el signo.

De esta manera, el libro se compone de distintas secciones cuyo eje central supone una secuencia caligramática donde la imagen ofrece sentido y la palabra se transforma en signo, evitando la traducción o el comentario entre los dos reinos que articulan el libro. Además, se ofrecen dos ensayos, dos relatos, del viaje que funciona como metáfora del testigo y de la visibilidad: *Todnauberg* escrito por José Luis Gómez Toré y *Nunca fui a Todnauberg* de Marta Azparren donde se dibuja la anécdota que da pie a este libro: el viaje a la cabaña donde se produjo el encuentro entre Heidegger y Celan y que, mientras el poeta pudo realizar, el de la

pintora fue malogrado. La inquietud acerca del testigo, en consecuencia, pone broche a este libro de la misma manera que abre con las palabras liminares de sus autores: «Celan insiste en uno de sus poemas en que nadie testifique por el testigo: pero, ¿qué hacer con la memoria de los otros? ¿Cómo nombrar lo sucedido cuando hasta la propia dignidad de las víctimas parece resistirse a que el hecho en su desnuda verdad se convierta en acontecimiento?». El libro tras el largo recorrido que desarrolla, culmina con un “mapa del desencuentro” donde Marta Azparren, de manera irónica, pone en imagen el desencuentro con el lugar que supone el motivo del libro. En consecuencia, en esta miscelánea de rasgos es posible hallar como epicentro de su mensaje la centralidad de la importancia del diálogo y los límites y conexiones radiales a los que se ve abocado el signo poético, estructurado de manera abierta.

Un auténtico análisis sobre el diálogo y su posibilidad alrededor de la violencia supone este libro que traza su camino alrededor del diálogo y su posibilidad, de la naturaleza del rastro, de la huella de la historia. Este aspecto se materializa en el continuo discontinuo que supone la relación y deasautomatización de la tensión generada por el movimiento del huésped que abre su espacio de significación a otros espacios, en este caso la tensión entre víctima y verdugo, entre conocimiento e imagen, entre verbo y silencio, entre naturaleza y civilización tal y como detalla el espacio ilusorio de Marta Azparren:



LEYENDA

- | | | | |
|-------------------|------------------------------|------------------------------|---------------------------------|
| palabra-paisaje | silencio vegetal | silencio-rama | silencio-estaca |
| silencio frondoso | palabra nudo | palabra demanda | silencio-pasado/ palabra-pasado |
| silencio-bálsamo | palabra acerca de la palabra | silencio portador de palabra | silencio-desastre |
| | | silencio cordial | palabra-frontera |

De esta manera, en este espacio heterotópico de resignificación, el que surge de la tensión no conciliada entre antónimos, la palabra se convierte en trazo al mismo tiempo que la imagen articula el sonido balbuceante del sentido para constituirse como un excelente ejemplo tanto sobre las posibilidades como los límites del signo. Como agentes privilegiados, tanto Marta Azparren como José Luis Gómez Toré llevan a cabo un análisis de la memoria y sus posibilidades de una manera, como he procedido a detallar, tanto híbrida como omnimoda. Lo fundamental de la propuesta de ambos, tanto en sus posibilidades teóricas (que recogen un amplio abanico de posibilidades de pensamiento desde Walter Benjamin hasta teóricos contemporáneos como Agamben) como en su afirmación práctica, el juego dislocado de escrituras, es llevar a cabo una reflexión sobre lo profundo de la incomprensión y de la propia comprensión tanto como gesto de amor como de violencia.

La escritura como rastro, como huella, como herida. La precisión y la belleza de los gestos constelados que se aúnan en los trazos de José Luis Gómez Toré y Marta Azparren generan un espacio de verdad velada por el sonido de la humanidad rota y alerta. La mano y la voz de Marta Azparren y José Luis Gómez Toré se disponen a articular un sendero hacia un bosque en el que, como quería Walter Benjamin «la verdad se resiste a ser proyectada al reino del conocimiento». La obra de José Luis y Marta: el eco sobre el eco, la escucha sobre la escucha, el desencuentro sobre el desencuentro se desenvuelve con exactitud en el espacio de la incertidumbre para constituirse como un punto de referencia inexcusable de la actualidad artística y del inventario de las inquietudes, preguntas y gestos con poder tanto para transformar nuestras emociones como para reflejar las afecciones que atraviesan el ánimo contemporáneo por parte de dos artistas imprescindibles.